

## Orosio y los últimos tiempos del Imperio

Dos refulgentes lumbreras brillan en el firmamento de la Iglesia al finalizar el siglo IV y al principio del V: sus resplandores iluminan el mundo entero. La primera esconde ahora su luz: brilló no ha mucho entre los grandes de la Iglesia romana, se sentaba con el Pontífice, era su confidente y secretario. Ahora lo contemplamos ahí, junto al pesebre del Señor. Llora. Día y noche levanta su corazón al Señor en continua oración. Su mano parece paralizada: no escribe. La Iglesia no percibe los rayos de su doctrina, porque, él mismo nos dice con tristeza: *Romanae urbis obsidio... nuntiata est. Atque ita consternatus obstupui, ut... me in captivitate sanctorum putarem captivum...: dum inter spem et desperationem sollicitus pendeo... Postquam vero clarissimum terrarum omnium lumen exstinctum est, immo Romani imperii truncatum caput: et ut verius dicam, in una Urbe totus orbis interiiit*<sup>1</sup>.

Pero mientras este preclaro Doctor de la Iglesia, Jerónimo, llora y se entristece en el sagrado recinto de Belén,

1 Hieron., *Comm. in Ezech., Praef.*, PL 25, 16 (2-3). Prueba de esta tristeza y angustia que inunda el corazón de Jerónimo son sus cartas —además de otros pasajes de sus obras—. Sólo unas muestras: «Ezechielis volumen olim adgredi volui et sponsonem creberrimam studiosis lectoribus reddere, sed in ipso dictandi exordio ita animus meus occidentalium provinciarum et maxime urbis Romae vastatione confusus est, ut, iuxta vulgare proverbium, proprium quoque ignorarem vocabulum, diuque tacui sciens tempus esse lacrimarum» (*Epist.* 126, 2, BAC, vol. 220: *Cartas de San Jerónimo*, t. II, edic. bilingüe (Madrid 1962) p. 621; y también en la *epist.* 123, 15-16, BAC *ibid.*, p. 574: en donde leemos estas palabras, que son casi las últimas de la carta: «Potentiam Romanae urbis ardens poeta describens ait: Quid satis est, si Roma parum est? Quod nos alio mutemus elogio: Quid salvum est, si Roma perit?...». Además en la *epist.* 127, 12 BAC, p. 638: «Dum haec aguntur in Iebus, terribilis de occidente rumor adfertur obsideri Roma et auro salutem civium redimi spoliatosque rursus circumdari, ut post substantiam vitam quoque amitterent. Haeret vox et singultus intercipiunt verba dictantis. Capitur urbs, quae totum cepit orbem, immo fame perit ante quam gladio, et vix pauci, qui caperentur, inventi sunt».

otra lumbrera fulgura en todo su esplendor sobre el cielo de Africa; y desde allí ilumina toda la cristiandad. Su talento extraordinario, su brillante carrera de estudios y magisterio, su experiencia de la vida y su visión profunda del mundo actual, de entonces, lo han preparado para proyectar por doquier los rayos de la verdad, de la fe y de la santidad cristiana. Inútil esforzarse en recoger o compendiar su doctrina: hacerlo sería entretenerse en recoger en un espejo los haces del sol en su esplendor meridiano. Desfallecería en su empresa y quedaría ofuscado de tamaño fulgor.

Agustín, en su sede episcopal de Hipona, enseña con prudencia y guía con sagacidad el pequeño rebaño que se le ha confiado. Formado y como batido en el yunque de las bellas letras, está preparado para desarrollar cualquier argumento con maestría y variedad de estilo, ya sea en coloquios privados, ya en su abundante correspondencia, ya sobre todo en la cátedra de Hipona. Constante en su tarea aclara la verdad cuando la ve oscurecida: defiendo la fe cuando la ve combatida. Recibe como sagrada herencia —de las precedentes generaciones cristianas tanto del oriente como del occidente— la doctrina y tradición cristiana: penetra en su contenido, lo amplía y lo traspasa a la Iglesia y al mundo entero para que en los siglos venideros pueda ser acrecentado constantemente y perfeccionado.

Ahora, tenemos a nuestra vista la Basílica Mayor de Hipona. Agustín —a quien sus mismos enemigos califican de «orador insuperable y casi un dios en la elocuencia»<sup>2</sup>— se dirige a sus fieles, reunidos junto a él, con el corazón agobiado por la tristeza y la voz entrecortada pronuncia su famoso discurso *sobre la devastación de Roma*. Toma pie de unas palabras de Daniel, que llora sus culpas y las de su pueblo; recuerda la contienda de Abraham ante el Señor para que perdone a Sodoma: ¿unos pocos justos no podrán salvar la ciudad? De súbito se enardece su espíritu, y pasa del comentario a la realidad presente, que acongoja su espíritu, y exclama: *Horrenda nobis nuntiata sunt, strages facta, incendia, rapinae, interfectiones, excru-*

2 Secundinus, *PL* 42, 574, 3.

*tiationem hominum. Verum est, multa audivimus, omnia genuimus, saepe fleximus, vix consolati sumus; non abnuo, non nego multa nos audisse, multa in illa Urbe esse commissa* <sup>3</sup>.

Agustín regresa a casa; no cesa de meditar sobre Roma, sobre su devastación. Oye a los paganos que claman: *Quod ipse [Christus] Romam perdidit, quod dii lapidei Romam tuebantur et lignei* <sup>4</sup>; y ahora *Ecce temporibus christianis Roma afflicta est, et incensa est. Quare temporibus christianis?... Ecce quando faciebamus sacrificia diis nostris, stabat Roma, florebat Roma; modo quia superavit et abundavit sacrificium dei vestri, et inhibita sunt et prohibita sacrificia deorum nostrorum, ecce quid patitur Roma* <sup>5</sup>.

Estos errores, injurias y blasfemias se propalan por todas partes. Agustín está profundamente triste, le duele el alma, no puede resistir; por esto *exardescens zelo domus Dei, adversus eorum blasphemias vel errores libros «De Civitate Dei» scribere institui* <sup>6</sup>.

Afanoso trabaja en la redacción de esta obra; medita, no cesa en la búsqueda de materiales y nuevos argumentos. Esta es la obra de mayor importancia del santo Doctor —*grande opus* la llama en sus *Retractationes*—: apología de la religión cristiana, compendio o enciclopedia de la cultura antigua; justa valoración de las obras de Dios y de los hombres —el Santo habla de dos ciudades, que con frecuencia contienden entre sí y aun se oponen—; magnífico tentativo de la historia de la filosofía: que para Agustín «es la ciencia, que sobre ciertos principios de interpretación, da sentido eterno a los hechos humanos» <sup>7</sup>.

3 *Sermo de excidio Urbis*, PL 40, 718, 2-3.

4 *Sermo* 105, 12, PL 38, 624.

5 *Sermo* 296, 7, PL 38, 1356.

6 *Retractationes*, 2, 43, PL 32, 648 (1).

7 Cf. J. Morán, *Obras de San Agustín: La Ciudad de Dios*, BAC, t. 16-17 (Madrid 1958) p. 35. Sobre San Agustín véase la BAC, que ha publicado gran parte de la producción del Santo, y además, P. de Labriolle, *Ecclesia*, pp. 568-69; E. Portalié, 'Augustin', *Dictionnaire de Théologie catholique*, I, 2268-2472; Schanz-Hosius, *Geschichte der Römischen Literatur*, IV.2 (München 1959) pp. 398-472, sobre todo p. 462 s.; L. Riber, *San Agustín: La Ciudad de Dios* (Barcelona 1953): *Introducción: En los umbrales de la Ciudad de Dios*, en donde el escritor describe con trazos vigorosos la historia de aquel tiempo en que se publica *La Ciudad de Dios* y en que Roma es devastada y dada a las llamas; V. Capánaga, *Obras de San Agustín* (BAC, 1950) I, *Introducción general*, véase en particular el cap. XIV: *San Agustín, genio de Europa*

Precisamente en este momento da comienzo al libro undécimo de la *Ciudad de Dios*: cuando he aquí que, después de un largo peregrinar, regresa a Hipona y llama a su casa un buen amigo y hermano en Cristo.

Es Orosio: el año pasado —el 414— huía de la persecución de los godos y suevos en España —en parte al menos así es de creer—, pero sobre todo, como él dice, de *patria egressus, occulta quadam vi actus*<sup>8</sup>, y atraído por el renombre de Agustín, había emprendido el viaje a las tierras africanas para pedir al santo Doctor el remedio para los errores y herejías que en su patria se habían diseminado. Este su primer viaje al Africa debió coincidir con los primeros meses del 414; refiere enseguida a Agustín los motivos de su visita, le entrega el *Commonitorium de errore Priscillianistarum et Origenistarum*, que había compuesto en España y le ruega por favor que *medicinam morbo adhibere festinet*<sup>9</sup>. Agustín responde inmediatamente al *Commonitorium* con su libro *ad Orosium contra Priscillianistas et Origenistas*<sup>10</sup>. Pero el amigo español entre los temas que trata hace referencia a la intrincada cuestión del origen del alma. Agustín aconseja a su amigo que se traslade al oriente y conferencie sobre estos puntos con aquel sapientísimo Doctor de la Iglesia, Jerónimo<sup>11</sup>.

Orosio, «a los pies de Jerónimo», aprende las letras sagradas y «el temor del Señor»<sup>12</sup>. Entre tanto Juan, obispo de Jerusalén, convoca una reunión —que debió tener lugar probablemente en julio de 415—. Se discute ahora en oriente la persona y doctrina de Pelagio, que ha sido condenado ya por los Padres de occidente, especialmente por san Agustín. Se reclama la presencia de Orosio para esta reunión. Sus intervenciones sobre Pelagio no revisten importancia extraordinaria. Escribe entonces su *Liber Apologeticus*. Poco después —sería a fines de diciembre del 415 o al principio del 416— «llevado de un ansia increíble»<sup>13</sup> apresura su regreso a Hipona. Lleva consigo para España

8 Oros., *Consultat. sive Commonitorium ad Augustin*, 1, PL 31, 1212, C.

9 Cf. Oros., *Ibid.*, 4, PL 31, 1216, 4.

10 PL 42, 669-78.

11 Véase la carta de Agustín a Jerónimo: *Cartas de San Jerónimo*, BAC II, *epist.* 131, p. 692 ss.

12 Cf. Oros., *Liber Apologet.*, PL 31, 1176, 3.

13 Oros., PL 31, 659.

y Africa cartas de los obispos, de sus amigos, de Jerónimo; pero sobre todo un tesoro inapreciable: unas, las reliquias del santo protomártir Esteban, *tunc primum inventas*<sup>14</sup>. Orosio las recibe de Avito para entregarlas a Palconio obispo de Braga.

En este viaje hace escala en Menorca y se para en Mahón. Allí se informa de que los godos están devastando España. Entrega pues las sagradas reliquias a Severo, obispo de la isla<sup>15</sup>; y él se vuelve a Hipona para conferenciar con Agustín, que le recibe con paternal afecto<sup>16</sup>.

El santo Doctor está muy atareado: el gobierno de la Iglesia de Hipona, las cuestiones que los obispos le presentan, la defensa de la verdad y de la fe —que él toma con tanto interés— le roban los días y las noches: realmente la fatiga le consume. Por esto su alegría es inmensa al regreso de Orosio: fiel compañero e hijo querido le prestará su ayuda. Todo queda decidido.

Agustín propone el argumento del libro, traza las líneas generales: la república romana, las diversas naciones y aún el mundo entero antes del nacimiento de Cristo sufrieron muchísimas guerras, pestes, calamidades, desgracias, tántas y aún mayores que las que contemplaron los siglos después de la venida del Señor. Muy injustamente

14 Gennad., *De viris illustr.*, 39.

15 Cf. PL 20, 731-46.

16 Muchos detalles de la vida y actividades de Orosio no nos interesan demasiado en este momento. Por esto compendiamos en el texto cuanto nos refieren los historiadores antiguos y modernos sobre nuestro autor. Hemos adoptado en los puntos dudosos o controvertidos —como en la duda de la patria de Orsio: si es Braga o Tarragona, y en algunos datos referentes al tiempo y orden de los sucesos— la versión que nos ha parecido más probable. Si el lector desea ampliar estas notas, puede consultar con provecho estas obras: C. Zangemeister, *Pauli Orosii Historiarum adversus paganos libri VII, Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (Vindobonae 1882); Schanz-Hosius, *Geschichte der Römischen Literatur*, IV.2 (München 1959) pp. 483-91; U. Moricca, *Storia della Letteratura latina cristiana*, vol. 3, p.1, pp. 723-38 (Torino 1932); E. Amann, 'Orose,' in *Dictionnaire de Théologie catholique*, 11, 1602-11; Z. García Villada, s.j., *Historia eclesiástica de España*, t. I (Madrid 1929) pp. 256-65; *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, t. II: *España romana* (Madrid 1935) p. 559; G. Madoz, 'Orosio,' en *Enciclopedia Cattolica*, t. IX (Città del Vaticano 1952) 367-68; M. Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, t. I (Santander 1940) pp. 299-301, en la nota.

En relación con el hecho referido en el texto, consúltese la PL 41, 805-54, de las obras de San Agustín: allí se encuentra una copiosa documentación de escritos, libros y cartas en que se habla de la invención y traslado de las reliquias del glorioso protomártir San Esteban.

se acusa por tanto a los cristianos de que las invasiones de los bárbaros en el imperio romano y la devastación de Roma son debidas a la extinción del culto de los dioses. Orosio toma el desarrollo de este tema de forma que «las desgracias del mundo», es decir, todo lo que encuentra en las historias y anales *quaecumque aut bellis gravia, aut corrupta morbis, aut fame tristia aut terrarum motibus terribilia* y tantos otros hechos lastimosos ocurridos en los siglos pasados, él los relata brevemente y por su orden en un libro<sup>17</sup>.

Pero todas estas calamidades no las explica tal como han sucedido a través de los tiempos —«ya que son muchas y muy grandes y contadas además por otros escritores»—, sino que él busca más bien las causas recónditas de los sucesos: otros han descrito «las guerras». Estas palabras que encabezan el libro tercero<sup>18</sup>, juntamente con el prólogo del primer libro, constituyen el argumento propio y específico de las *Historias* de Orosio: este es, diríamos, como el quicio o, si queremos, el fundamento que entrevé en todos los sucesos, y que en realidad él busca. Ciertamente que está preocupado entre el ansia de la brevedad y la materia inmensa que tiene ante sí por desarrollar. Sin embargo no es la «imagen» o apariencia exterior lo que pretende declararnos, sino más bien «la fuerza íntima de los sucesos»<sup>19</sup>; y así consigue que haya una proporción bien equilibrada: *nec multa praetermittantur nec multum contracta videantur*<sup>20</sup>.

De ahí podemos deducir sobre qué bases asienta Orosio toda su argumentación, o mejor tal vez, cuáles son los trazos firmes con los cuales diseña primero y después gradualmente desarrolla su idea a través de los siete libros y de los diversos capítulos de la obra.

Ante la imposibilidad de confirmar ahora con algunos ejemplos, entresacados de las mismas *Historias*, cuanto hemos recordado hasta ahora, contemplaremos la textura o arquitectura de la obra de Orosio. Compondremos, pues.

17 Cf. Oros., *Hist.* 1, *Praef.*, PL 31, 667, 4.

18 PL 31, 795, 144.

19 Oros., *Hist.* 3, *Praef.*, PL 31, 796, 145, C.

20 *Ibid.*

1.—*A través de todos los tiempos y en todas las naciones el mundo se ha visto afligido de diversos males.*

He ahí el tema que pretende ampliar. El correr de los tiempos, el relato de los sucesos, la descripción de las guerras y desgracias que surgen por doquier serán como el trasfondo de su narración: nos referirá las miserias del mundo. El las entresaca de los escritores antiguos y las introduce en sus *Historias*<sup>21</sup>: éstos sin embargo sólo nos han manifestado el «*corpus malorum*», él por el contrario nos descubrirá «su causa, su origen»<sup>22</sup>.

Excelentes habían sido los maestros de Orosio en España; junto a Agustín y Jerónimo había completado su formación escriturística: ahora es un verdadero maestro en letras y en el conocimiento de la antigüedad. Oigamos cómo se explica: su deseo es *conflictationes generis humani et veluti per diversas partes ardentem malis mundum... e specula ostentare*<sup>23</sup>; desde esa atalaya, digamos observatorio, su mente y su vista se dilatan, avanza, penetra en el mundo entero —pues de él y de sus cosas va a tratar—. Nos señala las tres partes que lo componen: Asia, Europa, Africa: nos describe breve y claramente los mares, las regiones, los montes, los límites.

Ya nos ha dado una primera visión del mundo: ahora desde su observatorio, prosigue y detalla. Comienza desde el origen del mundo hasta la fundación de Roma (libro 1º); sigue la historia de Roma hasta la invasión de los Galos (libro 2º); en el libro tercero se suceden las guerras de Roma con los pueblos limítrofes hasta la dominación de Alejandro Magno; en el libro cuarto se relata la guerra de Pirro contra Roma, hasta que *omni murali lapide in pulverem comminuto, diruta est Carthago*; es Publio Escipión

21 Entre ellos anota Orosio: Tito Livio —aunque, como indica Zangemeister, *op. cit.*, p. XXV, Orosio debió servirse de un *epitome* de T. Livio, no de la obra original—, César (cf. Oros., *Hist.*, 6, 7, 2), Floro, Eutropio, Suetonio, Justino, Agustín, Eusebio, pero como advierte con precisión el mismo Zangemeister (p. XXVIII): «*Chronicis Eusebii, ab Hieronymo latine redditus auctisque et continuatis, usum esse Orosium certum est, sed usus est Hieronymi exemplari aucto jam et immutato in iis partibus quae descendunt usque ad Christi passionis aut fortasse ad Vespasiani tempus*».

22 Oros., *Hist.*, 1, 1, 9, PL 31, 671.

23 *Ibid.*, 1, 1, 9, PL 31, 672.

quien con «inmensa suerte» lleva a cabo esta grande obra <sup>24</sup>; el libro quinto avanza hasta la «infame guerra de los esclavos», con la cual *socialis belli nebulas in magna continuo malorum nubila coituras, misera exhalabat Italia* <sup>25</sup>. En el libro sexto se examinan las guerras durante la república: Augusto por tercera vez cierra el templo de Jano: el mundo goza de paz y orden; finalmente en el último libro *Salvator mundi Christus illuxit: cuius adventui predestinata fuit imperii Romani pax* <sup>26</sup>. Prosigue la historia del cristianismo y su desarrollo hasta el momento presente en que Orosio escribe, es decir, a fines del 417.

2.—Pero estos males —que desde su atalaya observa Orosio— *no sobrevienen por una ciega casualidad o por un destino fatal de los hombres: es la providencia divina —que si es buena, es también misericordiosa y justa— la que rige el mundo y la humanidad entera* <sup>27</sup>.

Los rayos de luz que Orosio proyecta sobre las cosas, pasan —como por una lente— a través de esta idea central: «la providencia de Dios rige los destinos del hombre: ésta le avisa constantemente o le castiga con penas severas». Pero esta providencia —que obra por medio de las vicisitudes del mundo y de los hombres con un orden constante— brilla de manera extraordinaria en el gobierno de las naciones por medio de los reinos y de los grandes imperios <sup>28</sup>. Y es precisamente Roma con su imperio la destinada para que todos los pueblos reciban a Cristo como Salvador, y para que la religión cristiana se transmita a

24 Oros., *Hist.*, PL 31, 916 (281-82).

25 *Ibid.*, 985 (362).

26 Oros., *Hist.*, 7, 1, PL 31, 1062, A.

27 Oros., *Hist.*, PL 31, 670-71. Nada extraño que un escritor profundamente cristiano nos hable de la providencia divina, y la considere como el quicio sobre el cual gire el mundo y por la cual sea regido: ya que esta verdad la vemos declarada y explicada con frecuencia por el mismo Señor en las páginas del Evangelio. A esta sapientísimo providencia tanto Agustín como Orosio se refugian filialmente —en las calamidades del mundo y del cristianismo— como a lugar reciamente fortificado de nuestra fe cristiana.

Por lo demás, sabemos perfectamente que los mismos escritores y filósofos paganos frecuentemente nos han enseñado que el mundo está dirigido por la providencia divina: recordemos a Cicerón, Séneca, Quintiliano, Gelio... Véase, por ejemplo: Cic., *De nat. deor.*, 2, 30, 75; 2, 38, 98; *De divin.*, 1, 117, etcétera.

28 Véase, entre otros, el bello pasaje de las *Historias* (2, 1, PL 31, 743-745 (85-86)).



las generaciones futuras por este histórico y providencial suceso: el nacimiento de Cristo<sup>29</sup>.

Con la proyección de esta luz, *los siete libros de las Historias contra los paganos* constituyen el primer tentativo de una historia universal cristiana<sup>30</sup>; con ella se levanta un monumento, que es una grandiosa glorificación de la providencia y de Cristo Salvador. La historia se hace apología, y ésta reafirma que es la providencia divina la que gobierna el mundo.

Este es el punto de vista bajo el cual debemos considerar a Orosio como excelente historiador<sup>31</sup>. Con su sentido de la historia adivina los sucesos que pueden serle útiles para su fin, y los selecciona con prudencia. No podemos criticarle porque omite muchos hechos: su fin no

29 Cf. Orosio, *Hist.*, 3, 8, PL 31, 812-13 (163, B - 164).

30 Algunos de los autores que hemos mencionado anteriormente (véase la nota 3) hablan de este primer intento de una historia universal cristiana; son dignas de particular atención las palabras de nuestro eminente historiador y crítico M. Menéndez y Pelayo: «No hay exageración ninguna en calificar, como lo hace Ebert, de *prodigioso* este primer ensayo de una historia universal cristiana, que es al mismo tiempo el primer ensayo de una historia universal en el sentido más amplio de la palabra». Y añade que «Orosio fue el primero que dio a la historia un organismo marcado con el sello de unidad que no podía tener entre los paganos, puesto que cada nación particular creía deber a los dioses su fuerza y su poder». *Historia de las ideas estéticas en España* (Madrid 1940) p. 300 (a mitad de la nota). Cf. G. Goyau, *Ecclesia. Histoire: Le catholicisme et l'histoire* (Paris 1948) 252-53.

31 Los escritores antiguos elogian a Orosio: sus alabanzas son justas y merecidas: así lo hacen Agustín, Jerónimo, Genadio y otros muchos (cf. PL 31, 635-62). Más adelante, especialmente en la edad media, se tienen en grande estima las *Historias*: la obra no falta en las bibliotecas, y muy frecuentemente se encuentra en manos de los estudiosos como un texto fácil y agradable de historia universal. El juicio de los modernos no está siempre de acuerdo con este parecer de los antiguos (véanse algunos juicios en los autores que hemos citado anteriormente, en la nota 3). Pequeños deslices y lunares, ¿qué escritor no los tiene? Y más en nuestro caso en que el historiador tuvo que componer su obra, de notable extensión y de mayor amplitud en su contenido, en el espacio de menos de dos años. No negamos alguno de los defectos; otros, en cambio, creemos que no son tales, y Orosio sale airoso de la crítica tanto en el contenido como en la forma literaria si consideramos el lugar en discusión dentro del contexto.

Por otra parte no es posible tratar aquí con alguna detención de las cualidades literarias y de historiador de Orosio, pues no es éste el lugar ni la ocasión para entrar en el estudio de otros aspectos de su obra. Digamos solamente que los prólogos a los siete libros y algunos capítulos son muy densos de pensamiento y muy notables por el contenido de su doctrina; su estilo está adornado frecuentemente con aquella *concininitas*, que tanto apreciaba Cicerón, con el paralelismo y la cláusula métrica clásica: todo lo cual nos demuestra que Agustín tuvo mucho acierto en llamar a su buen amigo «de inteligencia despierta y de fácil decir», *Epist.*, 166, 2, PL 33, 720, 2.

es tratar todos los sucesos, sino investigar *sus causas intimas* —como ya dijimos—. Pero su exposición no es una mera y escueta presentación de los acontecimientos, como ya se habrá podido advertir: en realidad se trata de armonizar la brevedad con una narración más amplia, de forma que el lector no encuentre pesada una aridez excesivamente ceñida, ni una afectación sobreabundante lo empalague.

3.—*La providencia divina ha prestablecido un fin para todo de un modo particular para Roma y sus moradores.*

Las palabras de Agustín resuenan todavía en los oídos de Orosio: no deja de meditarlas: *Ecce christianis temporibus Roma perit... Forte Roma non perit: forte flagellata est, non interempta... Forte Roma non perit, si Romani non pereunt. Non enim peribunt, si Deum laudabunt: peribunt, si lasphemabunt. Roma enim quid est, nisi Romani? Non enim de lapidibus et lignis agitur... Mundus arsurus est, quem condidit Deus. Sed non quod fecit homo ruit, nisi quando voluerit Deus. Si enim hominis opus non cadit, sine voluntate Dei, opus Dei quando potest cadere per voluntatem hominis*<sup>32</sup>.

Y mientras Orosio escucha a su padre Agustín, él pasa más adelante: Roma se mantiene en pie, no cae. No se trata de Roma, sino de los romanos. *Los bárbaros se hacen romanos.* Sin duda que hemos de alabar la misericordia de Dios, porque *quamquam si ob hoc solum barbari Romanis finibus immissi forent, quod vulgo per orientem et occidentem ecclesiae Christi Hunnis et Suevis... diversisque et innumeris credentium populi replentur, laudanda et adtollenda Dei misericordia videretur: quandoquidem etsi cum labefactione nostri, tantae gentes, agnitionem veritatis acciperent, quam invenire utique nisi hac occasione non possent*<sup>33</sup>. Sí, es cierto que los bárbaros penetran en el imperio romano. Son ellos los que extraen los sillares ya vetustos y movedizos de esa grande arquitectura, y en su lugar se colocan ellos mismos vigorosos por su nueva juventud. Así parecía realizarse aquella ambición del rey godo Ataulfo que un día manifestó arrogantemente su pre-

32 August., *Sermo* 82, 9, *PL* 38, 505, 9; cf. *Sermo* 296, 6, 7, *PL* 38, 1356.

33 *Hist.*, 7, 43, *PL* 31, 1172 (585).

tensión de que se llamara «tierras de godos, lo que antes había sido la Romania»<sup>34</sup>.

Y es así como la historia del género humano tiende hacia la unidad: se quiebra y cae desmoronado todo el imperio romano. Otro imperio de Roma también se yergue —ya no amurallado con sillares de piedra— sino colmado de pueblos bárbaros; mirad: sí, ¡es ella, la Iglesia de Cristo! Orosio, mientras nos relata los sucesos del imperio, de nuevo nos aparece como excelente apologista de la Iglesia.

4.—Mientras el mundo es devastado, se oye la última palabra de Orosio: *Contemplad aquellos bienes mejores...*

Orosio mira de nuevo el mundo entero: y mientras retiene en su mente las palabras de Agustín, con las cuales el santo Doctor confirma la fe de los cristianos y les anima señalándoles el futuro y la eternidad<sup>35</sup>, les anuncia acontecimientos más halagüeños y felices aún en lo temporal<sup>36</sup>.

Orosio tiene predilección por esta idea y su realidad —y la goza con fruición entre sus hermanos de Africa—, por esto a boca llena, con gozo inmenso exclama:

*Mihi autem prima qualiscumque motus perturbatione fugienti, quia de confugiendi statione securo, ubique patria, ubique lex et religio mea est: nunc me Africa tam libenter exceptit, quam confidenter accessi: nunc me, inquam, ista Africa exceptit pace simplici, sinu proprio, jure communi... Nunc ultro ad suscipiendos socios religionis et pacis suae benevolum late gremium pandit, atque ultro fessos, quos foveat, invitat. Latitudo orientis, septentrionis copiositas, meridiana diffusio, magnarum insularum largissimae tutissimaeque sedes, mei juris et nominis sunt: quia ad christianos et Romanos, Romanus et christianus accedo. Non timeo deos hospitis mei, non timeo religionem ejus necem meam, non habeo talem quem pertimescam locum... Unus Deus, qui temporibus, quibus innotescere voluit, hanc regni statuit unitatem, ab omnibus et diligitur et timetur. Eaedem leges, quae uni Deo subjectae sunt, ubique dominantur: ubicumque ignotus accessero, repentinam vim tamquam*

34 *Esset Gothia, quod Romania fuisset: Hist.*, 7, 43, PL 31, 1172 (585, B).

35 Cf. August., *Sermo* 82, 9, PL 38, 505; *Ibid.*, 82, 7, PL 38, 503.

36 *Sermo* 82, 8, PL 38, 504, 8.

*destitutus non pertimesco. Inter Romanos, ut dixi, Romanus, inter christianos christianus, inter homines homo, legibus imploro rempublicam, religione conscientiam, communione naturam. Utor temporarie omni terra quasi patria; quia quae vera est, et illa, quam amo, patria, in terra penitus non est. Nihil perdidi, ubi nihil amavi: totumque habeo, quando quem diligo, mecum est, maxime quia et apud omnes idem est, qui me non modo notum omnibus, verum et proximum fecit: non egentem deserit, quia ipsius est terra et plenitudo ejus, ex qua omnibus omnia jussit esse communia. Haec sunt nostrorum temporum bona, quae in totum vel in tranquillitate praesentium, vel in spe futurorum, vel in perfugio communi non habuere majores*<sup>37</sup>.

*Estos son los bienes de nuestro tiempo* —exclama Orosio—: que proceden de la religión cristiana y la acompañan; y si nuestro tiempo es en realidad mejor, es debido «a la gracia actual y presente de Cristo» —como afirma en las últimas líneas de sus *Historias*<sup>38</sup>—: ya que es precisamente esta gracia de Cristo la que nos separa, nos discrimina «de la confusión de la incredulidad».

5.—Finalmente podríamos preguntarnos la razón del optimismo tan característico de Orosio, a través del cual contempla todos los sucesos; los analiza, sin duda, con grande serenidad —cualidad muy propia del historiador—, pero al mismo tiempo juzga siempre que el presente es mejor, y para el futuro nos anuncia aún cosas más felices.

Es así en realidad: si nos relata los hechos históricos, si nos recuerda los reinos, imperios y gobiernos, si propone las causas de las guerras, devastaciones y desgracias, si establece aquellas sus comparaciones tan frecuentes entre los acontecimientos anteriores a la venida del Salvador y los que siguieron con éxito mucho más feliz —una vez introducida la religión cristiana en los pueblos—: siempre aparece lleno de optimismo en el presente y para el futuro.

No podemos decir que esta dote de nuestro historiador sea un mero artificio, ni una ostentación fuera de lugar de un ejercicio retórico, ni que se trate tan sólo de una

<sup>37</sup> Oros., *Hist.*, 5, 2, PL 31, 921-22 (288-89).

<sup>38</sup> 7, 43, PL 31, 1174 (587, B).

cierta cualidad del escritor u orador, sino que se evidencia es una dote innata en su espíritu.

Este optimismo, difuso en los siete libros de las *Historias*, sorprende un tanto al lector. ¿Cómo puede ser —nos preguntamos— que un hombre recto y sincero que ha investigado la verdad en los fastos, anales e historias, que él mismo ha presenciado y aún sufrido muchos de los males y calamidades de su tiempo, o ha recibido su relato por una tradición segura en documentos y testimonios de tiempos pasados: cómo puede ser, repetimos, que, sin vacilar en su opinión, juzgue constantemente que el presente es mejor que el pasado? No nos será difícil encontrar los motivos, si prestamos un poco de atención. Porque, en primer lugar, Orosio ha sido profundamente educado en la fe cristiana: y como observador inteligente ve pasar ante sí y como diluirse en el correr de los tiempos las cosas efímeras y transitorias de este mundo: en cambio él, como cristiano, permanece inmóvil. Cree en el Evangelio que dice: pasarán todas estas cosas, *verba autem mea non praeteribunt*<sup>39</sup>.

Además, es verdad que los males inherentes a las guerras y todas las desdichas se multiplicaban por doquier, y por esto mismo era necesario levantar el ánimo de todos a cosas mejores y más esperanzadoras para que los espíritus no se sintieran abatidos y como derrotados. Orosio refiere hechos verídicos, pero defiende que, cuanto acaece en tiempo del cristianismo, es mucho mejor.

Ni olvidemos, finalmente, que si Orosio es un escritor cristiano, es también español: en él sobresalen la sinceridad de su espíritu, la fidelidad y verdad en sus narraciones, la constancia en su conducta; y si se declara abiertamente romano, ama también las cosas de su tierra. Por este motivo ensalza muy elogiosamente al emperador Teodosio<sup>40</sup>, de origen español y cristiano de religión. Cierto que el grande emperador es merecedor de tales elogios: pero en el relato de los hechos podríamos como adivinar y casi leer en el rostro y en el pecho del historiador un gozo profundo. Grandes son también las alabanzas que

38 *Matth.*, 24, 35.

40 *Hist.*, 7, 35.

tributa a los reyes godos españoles Ataúlfo y Valia. Valia ha realizado grandes obras a favor del imperio, y es él quien en unión con otros reyes bárbaros interpela al emperador Honorio, y le dice:

*Tu cum omnibus pacem habe, omniumque obsides accipe; nos nobis conflagimus, nobis perimus, tibi vincimus; immortalis vero quaestus erit rei publicae tuae, si utriusque pereamus.*

Y añade Orosio: *Quis hoc crederet, nisi res doceret? Itaque nunc cotidie apud Hispanos geri bella gentium, et agi strages ex alterutro barbarorum crebris certisque nuntiis discimus, praecipue Valliam Gothorum regem insistere patrandae pacis ferunt. Ex quo utcumque concesserim, ut licenter christianae tempora reprehendantur, si quid a conditione mundi usque ad nunc simili factum felicitate doceatur*<sup>41</sup>.

Podemos deducir, pues, que esa singular cualidad del estilo de Orosio —su optimismo— es a la vez una grande dote de su espíritu, que en aquellos días se hacía absolutamente necesaria a aquellos infelices combatidos de males por todas partes y atormentados por la desgracia: para mantenerlos en la fe, alentarlos en la confianza, no ocultarles los males presentes, pero recordarles que los pasados fueron mucho más duros, y que los futuros —que se podían considerar ya presentes— se vislumbraban con una felicidad más halagadora.

### *Conclusión.*

El imperio se desmorona completamente; y con el imperio romano todo el mundo se sentía lacerado, resquebrajado. El ciudadano debía ser reanimado en todas partes y levantado hacia una esperanza segura y renovada.

En realidad en el transcurso del siglo V se prepara, ordena y modela cuanto será de utilidad para la cultura y la civilización del occidente en muchas generaciones.

De aquellas devastaciones, de aquella destrucción, de aquel orden del imperio totalmente perturbado, un nuevo

41 Oros., *Hist.*, 7, 43, PL 31, 1173-74 (586).

orden nacerá. Porque en esa perturbación se encierra y crece una nueva fuerza y una vida nueva, que dará su verdadero sentido a los trágicos sucesos del mundo y lo encauzará por un camino recto y nuevo; calmará aquellas turbulencias, restablecerá el orden, reunirá los pueblos bárbaros en una civilización común e inyectará el vigor juvenil que trae consigo al ya envejecido imperio romano. Esta fuerza y vida nueva es la Iglesia de Cristo. Y esta fuerza y vida nuevas no tienen su fundamento en un pacto con el imperio; sino que, por el contrario, en el momento actual la Iglesia es el apoyo y sostén del imperio<sup>42</sup>.

La fuerza extraordinaria está en los pueblos invasores: que en fraterno amor se unirán con los antiguos cristianos, con sus doctores, con los padres de la Iglesia. Llegarán del oriente y del occidente los padres, obispos y pontífices más esclarecidos que gobiernan sus iglesias con suma prudencia; y en sus concilios promulgarán ordenaciones, edictos y leyes: con ellas se mantendrá firme y estable la disciplina de la vida pública.

Y entre tanto los monjes, juntamente con la oración y el trabajo, cultivan y fomentan con solicitud las letras, conservan sus monumentos, y enseñan a los pueblos bárbaros, con su palabra y ejemplo, la constancia y la estabilidad en el campo y en las nuevas residencias.

JOSE MARIA MIR

42 Los historiadores consideran las vicisitudes de la Iglesia y de la humanidad entera, durante estos siglos, bajo diversos puntos de vista; sus juicios dependen de sus propias opiniones y del plan prefijado a su obra. Puede verse alguna diversidad de criterio en los libros que anotamos: C. Barbagallo, *Storia universale*, vol. II, parte 2ª: *Roma antica: L'Impero* (Torino 1964); principalmente el L. XIII: *La catastrofe*, pp. 1630-87 (en donde se recogen las fuentes y una extensa bibliografía); P. De Labriolle..., *Storia della Chiesa*. IV: *Dalla morte de Teodosio all'avvento di S. Gregorio M.* (Torino 1972); especialmente los capítulos que se refieren a la Iglesia y a los bárbaros: pp. 439-78; D. Rops, *Storia della Chiesa del Cristo*, vol. II: *La Chiesa del tempo dei barbari* (Torino 1958), léanse especialmente: *I Santi dei tempi nuovi*; *In Ippona assediata*; *L'uragano dei barbari e le muraglie della Chiesa...*: pp. 9-180; Z. García Villada, *Historia eclesiástica de España*, t. I (Madrid 1929) pp. 211-68; B. Llorca - R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia católica*, t. I: *Edad antigua* (Madrid 1950) pp. 442-553.